

FUSTE DE SAN FRANCISCO

Mediados siglo XIV

Granito

140,2 x ø 40 cm.

Humilladero de San Francisco, Ourense

Nº Inv.: 1

*“Cando a pedra durmida e acochada
Da terra-nai no garimoso seo
Desperta do seu sono milenario
E quer ser oración e pensamento,
Florece un varal, estende os brazos,
E pódose en pé faise cruceiro.”*

RAMÓN CABANILLAS

Esta pieza, que inicia el libro de registro de los fondos del Museo, ingresa por donación del Ayuntamiento de Ourense como se recoge en el primer volumen del *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Ourense* (1898-1901), formando parte de la lista de objetos que desde 1895 se obtienen para el nuevo Museo. En ese mismo Boletín, Arturo Vázquez Núñez menciona la procedencia de este fuste, el Humilladero que existía en el camino del convento “*junto al Bosque de San Francisco*” según relata un libro manuscrito del siglo XVIII, atribuido al Padre Sarmiento, que se conserva en el Museo y gracias al que podemos recuperar, a través de una hermosa lámina, esta obra tristemente desaparecida. Hasta nosotros, además del fuste, solo llegaron dos piedras pertenecientes a uno de los pilares de la techumbre que guarecía al crucero con una inscripción con el nombre del dedicante y la fecha en letras góticas. Ingresan en 1950, donadas por el arquitecto municipal Mariano Rodríguez Sanz, quien las encuentra al iniciarse las obras del antiguo Parque de Bomberos, en el parque de las Mercedes, lo que nos revela el emplazamiento original del crucero.

En referencia a este monumento, Olga Gallego, saca a la luz dos interesantes documentos guardados en el Archivo Histórico ourensano. El primero, de 1548, en el que se otorga escritura de arriendo en el “*Campo da Imagen de a par del monasterio de San Francisco*”. Por el segundo, de 1639, sabemos que la cofradía de la Santa Veracruz, del monasterio de San

Francisco, cuidaba el humilladero “*que está en el campo a la salida del convento, fundación de algunos cofrades antiguos y por estar arruinado y maltratado*” el mayordomo Pedro Sotelo de Nóvoa trata con el carpintero de Ourense, Pedro de Armida, para que lo rehaga en un plazo de dos meses y por un precio de 24 ducados: “*Quitaría os 4 pilares que tiña de pau e fundaría sobre as 4 columnas de pedra que estaban en las catro esquinas do cobertizo do cruceiro con 4 vigas novas cuadradas do goso dobrado que teñen as que estaban na obra e o ceo de riba hao de poñer de pontós e madeira nova coas suas cintas e molduras, trazando todo da mesma traza que tiña en cadrado cos seus cadrados e cartelas cos seus estribos cadrados e suas cartelas debaixo a dos órdenes e todo elo de madeira boa e nova*”.

Los humilladeros (“*humilladoiros*” o “*milladoiros*”) se sitúan en las encrucijadas, lindes de parroquias o en los atrios de las iglesias. En ellos los peregrinos que se dirigen a un lugar de culto religioso apilan piedras por una promesa cumplida o como ritual funerario. Los cruceros son testimonio de las promesas que se materializan en los humilladeros. Su origen es incierto pero se tienen por creaciones góticas, vinculadas a las órdenes mendicantes, especialmente a los franciscanos, que instituyeron el culto a la cruz en la devoción popular. Como dice Castelao: “*El crucero es un engendro post-románico impulsado por el afán de imitar a las cruces procesionales*”. El escritor hace un apasionado trabajo artístico y de investigación en el libro *As cruces de pedra na Galiza*, dando a conocer y dignificando el crucero como símbolo unido al paisaje tradicional gallego y en el que se empareja la expresión de la sensibilidad popular con la creación artística.

El crucero de San Francisco estaba formado por varios elementos. La plataforma, constituida por cuatro escalones o gradas de sillería de forma cuadrangular. Sobre ella, el pedestal, también con la misma forma, del que arranca el varal o fuste y por último la cruz. El conjunto se cubría con una techumbre apoyada en cuatro pilares graníticos de sección octogonal. En uno de ellos estaría la inscripción anteriormente mencionada, de la que damos su transcripción:

ESTA: CAPELA. MA(n)DOU: FACER: G(onzal)O: P(ere)S: DE: RE:
 Q(uei)XO: A HO(n)RA: DE: DE(u)S: E: DELOS: S(ant)OS:
 A(n)G(e)L(e)S: E: LABROSE: AN(n)O: DE: M: CCCC: LX: AN(n)OS

La cronología de la inscripción corresponde al año 1460. Sin embargo, Dolores Fraga Sampedro fecha el crucero a mediados del siglo XIV, tras un exhaustivo análisis que la lleva a ponerlo en relación con el templete del Padrão do Salado en Guimarães (Portugal), obra de 1349, y apunta la posibilidad de ser ambos labrados por el mismo taller, pues la tipología, iconografía y disposición de las figuras son muy semejantes. Por lo tanto, la inscripción debe aludir a la fecha de la elevación del templete que cubría el crucero dándole apariencia de capilla y protegiéndolo. Además, como era habitual, solo nos habla del nombre del dedicante que financia la obra pero nada se nos dice del maestro cantero que labró el duro granito. Tampoco hay ningún motivo heráldico, lo que manifiesta una vinculación con la piedad popular, estimulada por el clero.

No era el único baldaquino gallego, ya que dos más se veneraban en nuestra tierra, el de Santa María a Nova de Noia y el de la Trinidad de la Colegiata de Baiona. Desde finales del siglo XV hasta mediados del siglo XVI, florecieron aquí las obras de los baldaquinos con variada iconografía, afines a los calvarios bretones en espíritu, material, motivos y técnica escultórica.

No se conserva la cruz flordelisada que mostraba en el anverso un crucificado bajo umbela imperial y que, sin grandes muestras de dolor, inclina la cabeza ligeramente a la derecha, con tres clavos, con el pie derecho sobre el izquierdo y el paño de pureza por encima de la rodilla anudado a la cadera, según el estilo del siglo XIV. En el reverso, también bajo un elegante doselete gótico, la Virgen con el Niño, ataviada con túnica, manto, velo y corona.

El fuste, de sección circular, está circundado en la parte superior por cuatro ángeles de cuerpo entero de factura naturalista, apoyados en sendas peanas. Visten doble túnica de pliegues tubulares y de caída vertical. Por encima de sus cabezas y rematando el árbol del crucero, una hermosa fronda serviría de base a la cruz. En el anverso, dos ángeles, ataviados con dalmática, uno con cartela, podría ser Uriel y el otro identificado como San Miguel en el momento de la Psicostasis, luchando con el demonio, ya que el fiel de la balanza que sirve para pesar las buenas y malas acciones de los hombres antes de llevar su alma ante Dios, se prolonga haciendo una cruz que clava en la boca del dragón que tiene a sus pies. En la parte baja, donde acostumbran a estar situados, Adán y Eva, sobre ménsulas y bajo doseletes. Entre ellos el árbol del bien y del mal con la serpiente enroscada,

representación esotérica del demonio. El pecado original aparece teatralmente concentrado en un solo instante: la tentación, el pecado y su reconocimiento. Arrepentidos, descubren el pudor y tratan de tapar su desnudez con las manos y con hojas. Eva coge la manzana y Adán aprieta con la mano la garganta tras ingerir el fruto prohibido. La escena del Paraíso, que también aparece en cruces de Irlanda y Escocia, es abrazada por el misticismo de la Edad Media como ejemplo de moralidad, simbolizando el pecado vencido por la cruz. Adán e Eva son los padres de la humanidad pecadora sobre la que se derrama la sangre de Cristo en la cruz para su Redención.

En el reverso del fuste, en la parte superior, de nuevo dos ángeles de semejante factura a los anteriores que quizás sean Gabriel con la cartela y Rafael con el libro, según la tradición medieval que sitúa a ambos en la escena de la Anunciación. Además hay que tener en cuenta el gusto gallego por la veneración o culto a los ángeles que posteriormente aparecerán vinculados a los retablos de ánimas, muy abundantes en nuestro territorio.